

De todos modos, era hermoso vivir. Cogió de entre la hierba una florecilla violeta, acercó a ella los ojos, miró dentro del pequeño y angosto cáliz por el que corrían unas venillas y en el que vivían unos órganos minúsculos, finos como cabellos; allí, como en el seno de una mujer o en el cerebro de un pensador, bullía la vida, vibraba el afán. ¿Por qué no sabíamos absolutamente nada? ¿Por qué no era posible hablar con esta flor? ¡Pero si ni siquiera podían dos hombres hablar realmente entre sí, pues para ello se precisaba de un azar feliz, de una singular amistad y disposición! No, era una suerte que el amor no precisase de palabras; de otro modo, estaría lleno de equivocaciones y disparates. Ah, recordaba los ojos de Elisa, entreabiertos, como vidriosos en la plenitud del goce, mostrando tan sólo una rajilla blanca entre los párpados trémulos... ¡ni con millares de palabras eruditas o poéticas fuera dable expresarlo! Nada, ah, nada cabía expresar, ni imaginar... ¡y sin embargo uno sentía en los adentros, reiteradamente, la apremiante necesidad de hablar, el eterno impulso de pensar!

Observaba las hojillas de la pequeña planta y reparaba en la manera bella y notablemente inteligente como estaban dispuestas en torno al tallo. Hermosos eran los versos de Virgilio y a él le placían en extremo; pero Virgilio tenía muchos versos que, en punto a pureza y sabiduría, hermosura y sentido, no valían ni la mitad de lo que aquella ordenación en espiral de las menudas hojillas subiendo por el tallo. ¡Qué placer, qué dicha, qué tarea encantadora, noble, trascendental sería para un hombre el crear una de estas flores! Pero nadie era capaz de tal empeño, ni héroe ni emperador, ni papa ni santo.